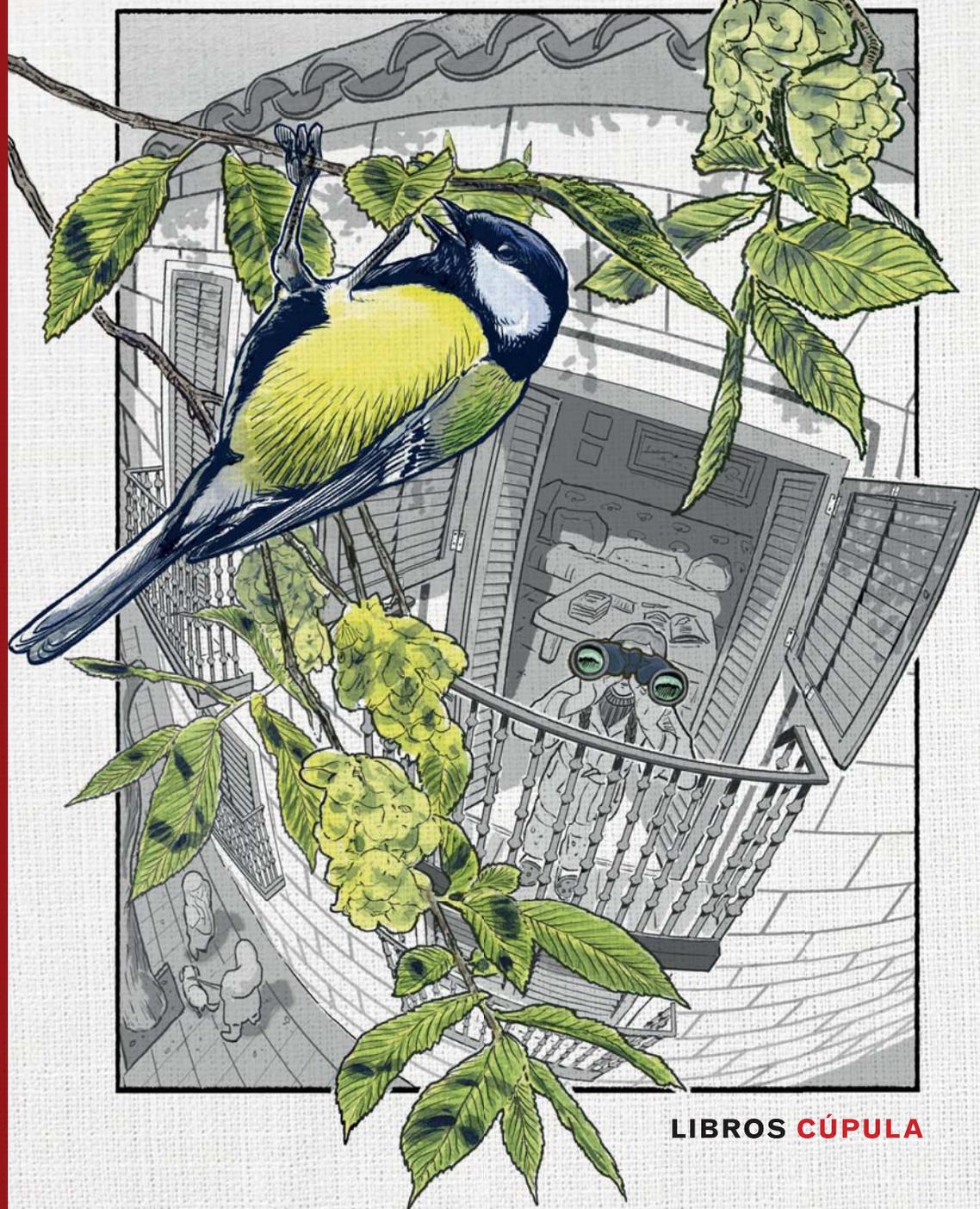


NATURALISTAS EN ZAPATILLAS

Jose Luis Gallego

*Guía práctica
para descubrir
la naturaleza
más cercana*



LIBROS CÚPULA

NATURALISTAS EN ZAPATILLAS

Jose Luis Gallego

Ilustraciones de Francisco José Hernández

*Guía práctica
para descubrir
la naturaleza
más cercana*

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Jose Luis Gallego, 2022

© de las ilustraciones de interior y de cubierta: Francisco José Hernández
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2941-8

Depósito legal: B. 176-2022

Impresión: Gómez Aparicio

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

INTRODUCCIÓN 9

La naturaleza está más cerca de lo que imaginas	9
El equipo del naturalista	16

EN CASA 21

La naturaleza en un vaso	22
El herbario casero	24
Vamos a fabricar papel reciclado	26
Conchas, fósiles, rocas y minerales	29
La fascinante araña del desván	35
La extraordinaria vida de la cucaracha	37
El pececillo de plata de la bañera	41
El dragón de las paredes	44
Hola, soy la rata. ¿Podemos hablar, por favor?	47
¿Quién ha puesto ahí ese cristal?	50
La colección de plumas	52
Una cigüeña en el tejado	55
La lechuza del cobertizo	60
No enjaules a los pájaros	64

EN EL BALCÓN, LA TERRAZA O EL JARDÍN 71

Vamos a plantar árboles	72
Un huerto en la terraza o en el balcón	77
Las plantas aromáticas	80
De la colmena al avispero. ¿Quién es quién?	84
La magia de los grillos	88
La tortuguita que se convirtió en invasora	92
La suerte de tener murciélagos en el tejado	94
¡Comida y agua para todos!	100
Maternidad para pájaros	105
El mirlo y el petirrojo: los «jefes» del jardín	108
Carboneros y herrerillos, acróbatas del comedero	113

EN EL BARRIO O EN EL PUEBLO 119

Las humildes (y curiosas) plantas de los caminos	120
El chopo, el plátano y el olmo	123
Ayuda a un animal herido	126
No lo abandones nunca	129
¿Qué hacemos con los jabalís?	137
Tórtolas y palomas	140
Las golondrinas del barrio	144
Los gorriones, una gran familia	148
Aves esteparias, la ópera de los campos	153
La banda de los estorninos	156

La elegante lavandera blanca	161
Las simpáticas cotorritas... o quizá no tanto	163
Gaviotas callejeras	166
Ni se te ocurra destrozar los nidos	170

DE EXCURSIÓN AL CAMPO **175**

Baños de bosque	176
Encinas, robles y alcornoques	180
¿Qué es una seta?	184
Mírame y no me chupes: plantas venenosas	188
Adivina, adivinanza: ¿trigo, avena o cebada?	192
¡Canta, cigarra!	194
La hipnótica belleza de la mantis	197
El impresionante ciervo volante	201
Una mañana de sol entre lagartos y lagartijas	204
Las serpientes, con perdón	208
De ranas y sapos	214
El erizo y el tejón	220
¿Qué hace ahí ese mapache?	224
Cernícalos y milanos: cometas vivas	227
La urraca, el arrendajo y el rabilargo	232

DECÁLOGO DEL AMANTE DE LA NATURALEZA **237**

EN CASA

No importa dónde vivas, el tamaño de tu vivienda ni su ubicación, ya sea en el centro de una gran ciudad o en las afueras de un pueblo o urbanización. Si estás tú, seguro que, en mayor o menor medida, también estarán ellos. Son la fauna casera, la que nos ha elegido para compartir domicilio instalándose por todas partes: las paredes, el tejado, la cocina, la bañera, el cobertizo o el garaje.

Como descubriremos, entre sus criaturas hay seres excepcionales por los que hasta ahora sentíamos más repulsión que curiosidad. En este capítulo aprenderemos a mirarlos, a conocerlos y a respetarlos para que eso cambie.

También repasaremos algunos consejos prácticos para proteger a los que viven fuera y se acercan a visitarnos, como los pájaros, y aprenderemos a disfrutar de la naturaleza en conserva: todo ello sin salir de casa, en pijama y zapatillas.

LA NATURALEZA EN UN VASO

Uno de los experimentos más interesantes y fáciles para disfrutar de la naturaleza en zapatillas, dentro de casa, es seguir paso a paso la fascinante germinación de las semillas.

Para observar la transformación de una semilla en planta necesitaremos un vaso grande liso y transparente, papel secante, algodón y un poco de agua. Elegiremos la semilla entre las legumbres que consumamos en

casa: alubia, lenteja, garbanzo, no importa.

Colocamos la semilla entre el papel secante y el vaso. Luego, la cubrimos con el algodón, de manera que presione la semilla contra el cristal. Comprobamos que se puede observar desde el otro lado del cristal y, a continuación, añadimos agua poco a poco, empapando en algodón, pero sin que llegue a sumergir la semilla.

Hecho esto, trasladamos el vaso a un lugar con luz, seco y a resguardo del frío. Un porche, un cobertizo, el balcón de un piso o la balda de una ventana soleada son muy apropiados. Ahora solo resta observar los cambios que se irán produciendo en nuestro improvisado semillero.

El primer día ya empiezan a pasar cosas. La semilla absorbe el agua y se infla. El segundo día, la piel que recubre la semilla se arruga y empieza a desprenderse. Al cabo de tres o cuatro días, los cotiledones empiezan a separarse. A partir del quinto día, la semilla ya es una planta. El embrión ha roto la envoltura seminal (la piel) y empieza a desarrollar un incipiente tallo que asciende en el más trascendental

GERMINACIÓN DE SEMILLAS

MATERIAL NECESARIO

- Un vaso grande, liso y transparente.
- Papel secante.
- Algodón.
- Agua.
- Semilla de cualquier legumbre.

Cotiledones: las dos partes carnosas de color amarillento que hay en el interior.

Envoltura seminal: la piel

de los viajes de toda planta: la búsqueda de la luz. En sentido inverso, nuestra semilla empezará a desarrollar la raíz.

El cambio más espectacular se produce a los diez días. Por entonces el tallo alcanzará el ansiado límite exterior y se abrirá paso entre el papel secante y el algodón para mostrarnos dos pequeñas hojas verdes: desde ese momento, nuestra alubia o lenteja es ya una planta madura que comenzará a obtener el alimento a través de la fotosíntesis.

A las dos semanas, el vaso será todo un espectáculo, con una planta desarrollada en el exterior y un manojito de raíces que se aferra al fondo. En el centro, como si fuera el corazón de la planta, permanecerá visible la arrugada semilla. Si trasplantamos la planta a una maceta y la cuidamos, madurará, florecerá y nos dará más alubias, lentejas o garbanzos. En ese momento habremos completado el ciclo de la vida en el mundo vegetal. Una lección de ciencias naturales sin salir de casa.

EL HERBARIO CASERO

Una buena manera de adentrarnos en el apasionante mundo de la botánica es crear un herbario casero para aprender a reconocer las hojas y descubrir su apasionante arquitectura biológica.

Como somos amigos del planeta y no queremos contribuir a su deterioro, vamos a construirlo de manera ecológica, observando algunas normas básicas de recogida de muestras.

Para ello, emplearemos materiales reciclados, como unas planchas de cartón de cajas vacías y un periódico viejo. Seguro que no nos costará conseguirlos.

Empezamos separando el periódico en hojas. Hecho esto, las cortamos por la mitad dándoles una medida lo más exacta posible. Tendremos que usar un cúter (con mucho, muchísimo cuidado, porque corta como un bisturí) y una regla metálica (de madera o de plástico se podría cortar).

Una vez separado en hojas el periódico, buscamos cajas de cartón hueco. A continuación, recortamos una veintena de hojas de cartón del mismo tamaño que las hojas del periódico. Separamos dos hojas y les pegamos unas tablillas de madera de las que se emplean en las cajas de fruta.

Después vamos situando un pliego de cuatro hojas de periódico separadas por cartones y ponemos al final las dos hojas de cartón entabladas. Para comprimir el herbario, cerramos el fardo con dos viejos cinturones o unas cuerdas reutilizadas.

Ya tenemos el herbario. Ahora solo falta ir llenándolo con las hojas caídas que recojamos al salir al parque o al campo. Una vez en casa, las introducimos entre las ho-

MATERIAL NECESARIO

- Planchas de cartón de cajas.
- Un periódico viejo.
- Un cúter.
- Una regla metálica.
- Tablillas de madera, de las de cajas de fruta.
- Dos cinturones o cuerdas reutilizadas.

jas de periódico, que actuarán como secante y, en unas semanas, nos permitirá disponer de una colección de hojas secas que conservaremos en un álbum que podremos pegar en una cartulina para confeccionar un mural comparativo.

Nunca arrancaremos las hojas, cogeremos las caídas. Si debemos «pedir prestada» alguna al árbol o la planta, seleccionaremos una hoja por ejemplar, procurando causarle el menor daño posible. Nunca saldremos a tomar muestras a la misma zona para no influir en la vegetación. Pensarás: «¡Solo es una hoja!». Ya, pero ¿y si todos hiciéramos lo mismo? Pues eso.

Recuerda que antes que coleccionistas somos amantes de la naturaleza, por lo que debemos respetar las señales del campo. Por ejemplo, está prohibido recoger muestras vegetales en los espacios naturales protegidos.

Por último, no arranques flores: su belleza es tan impresionante como efímera. En lugar de ello, toma una fotografía, que te permitirá observar y estudiar sus colores y formas, imprimirla y añadirla a las páginas del herbario.

VAMOS A FABRICAR PAPEL RECICLADO

Separar el papel y el cartón que generamos como residuo para llevarlo al contenedor azul es una de las mejores maneras de cuidar del medio ambiente, mitigar la crisis climática y ayudar al planeta.

Todo el material que depositamos en el contenedor azul se convertirá en papel y cartón reciclado, lo que reducirá el impacto ambiental que genera la obtención de papel a partir de celulosa vegetal en la cadena de producción.

Además de separar y reciclar todos los envases vacíos y envoltorios de papel y cartón, podemos atrevernos a ir más allá y fabricar papel en casa. Para ello, necesitaremos un periódico viejo, una batidora, una bandeja de horno honda, una tela mosquitera recortada a su medida y una tarde de domingo en zapatillas.

Para empezar, corta dos páginas del periódico en trozos pequeños y mételas en una bandeja de horno honda o una caja de plástico rectangular y profunda con un litro de agua. Una vez empapados, bátelos hasta que obtengas una pasta.

Introduce la tela mosquitera en la bandeja y, a continuación, vierte un vaso de agua y otro con la pasta de papel. Esta se debe repartir de manera uniforme sobre la red, dándole la forma deseada. Su grosor depende del uso que le vayamos a dar.

A continuación, levanta la tela mosquitera y sostenla sobre la bandeja, dejando que se escurra. Allí quedará la

MATERIAL NECESARIO:

- Un periódico viejo.
- Una bandeja de horno honda o una caja de plástico rectangular y profunda.
- Agua.
- Una batidora.
- Una tela mosquitera de tamaño folio.

superficie de pasta de papel que hemos «pescado» con la tela.

Una vez escurrida, introduce la red entre las páginas del viejo periódico, cúbreala con este y sácala al exterior. Ponla plana y aplástala de manera uniforme colocando un objeto pesado encima, como una pila de libros.

Al cabo de una hora, abre el periódico y sácalo al exterior para que dé el sol a la red. Pasado un tiempo prudencial, y con mucho cuidado, intenta separar la hoja de la mosquitera poco a poco, pues corres el riesgo de que se rompa. Si todavía está muy tierna, deja que se seque un poco más.

Si todo ha ido bien, obtendrás un resultado final más que aceptable: una hoja de papel irregular, de una tonalidad gris mate, elaborado artesanalmente a partir de papel reciclado que sirve para escribir encima de él.

Hay quien rodea la mosquitera de un marco de madera para perfeccionar el resultado final y darle una forma más regular. También hay quien incorpora a la pasta pétalos de flores marchitas, semillas o trozos de cartón de colores para formar un estampado mosaico.

Podrías multiplicar la producción disponiendo de más telas mosquiteras, pero de momento empieza con una. En todo caso, además de ser un divertido taller de reciclaje para disfrutar en familia y ayudar a la naturaleza en zapatillas, la afición por la elaboración de papel reciclado puede convertirse en auténtica artesanía. Con el

papel podrás elaborar unas tarjetas de felicitación personalizadas que se convertirán en un precioso regalo.

CONCHAS, FÓSILES, ROCAS Y MINERALES

La colección de rocas y minerales es otro clásico entre los amantes de la naturaleza, un pasatiempo absorbente que comparten muchos aficionados de todas las edades en todo el mundo. Si la observación de todo lo vivo resulta apasionante, no menos atractivo es el viaje al pasado, esa mirada a la historia de nuestro planeta que propone el examen de las características físicas y químicas de lo inerte.

En ese sentido, los fósiles, testigos del paso de la vida en la Tierra, nos invitan a desentrañar e interpretar a los protagonistas que un día precedieron a los que hoy poblamos el planeta.

Las rocas están compuestas por la suma de varios minerales. Son las piezas que conforman el puzle de la corteza terrestre. Podríamos decir que las rocas son un amasijo de minerales que, al endurecerse y adquirir una forma determinada, aparecen como objetos homogéneos, como piedras. Según su origen, las rocas pueden ser ígneas, metamórficas o sedimentarias.

- El granito es la más común de las rocas ígneas, formadas por la cristalización de minerales fundidos. Está compuesto por tres minerales: cuarzo, mica y feldespa-

to. Si nos fijamos en su aspecto, diferenciarlos es muy sencillo: el cuarzo son los cristales; el feldespato, las porciones blancas; y la mica está compuesta por los granitos brillantes, negros y plateados que tanto llaman la atención.

- La pizarra es una roca metamórfica, es decir, se ha formado a partir de otra existente. Tiene un aspecto apelmazado y está compuesta por placas de color negro, con irisaciones verdes y un aspecto húmedo y muy frágil. El grafito le confiere el color negro. Por lo demás está formada por arcillas, cuarzo, mica y feldespato.

- La sal gema es una roca sedimentaria que, como casi todas, se formó en el fondo del mar. Está compuesta por halita, minerales de arcilla y óxido de hierro. A ello se debe su frecuente color marrón-anaranjado. Tiene un aspecto cristalino. La mejor manera de identificarla es darle un pequeño lametón: está saladísima.

Los minerales son objetos sólidos e inorgánicos que, en ocasiones, aparecen como compuestos elementales en la corteza terrestre y forman las rocas. Un mineral puede ser un elemento original no combinado o una mezcla de estos. El oro y la plata son elementos originales. La calcita o la piritita serían un ejemplo de minerales compuestos. El cuarzo pertenece al grupo de los óxidos y está entre los minerales más abundantes de la Tierra. Por eso es frecuente

encontrarlo en la naturaleza, y es la primera opción para empezar nuestra colección.

El cristal de roca es uno de mis cuarzos favoritos, inconfundible por su aspecto prismático, con bordes rectilíneos y una alta transparencia. Es un cuarzo incoloro y muy puro. Con una fractura menos recta que el cristal de roca, el cuarzo rosado es muy bello. Su coloración se debe a los iones de titanio y manganeso. Mucho más abundante y común, el cuarzo lechoso es de color blanco puro debido a las diminutas intrusiones líquidas que favorecen la dispersión de la luz.

Si los minerales son mágicos, los fósiles aún más, pues son las «petrocopias» de los animales y plantas que poblaron la corteza terrestre hace millones de años. El tipo de ser vivo que aparece fosilizado nos indica las características del ecosistema en el que hemos recogido el fósil.

Una concha o un pez encontrados en un valle nos indican que caminamos por lo que un día fueron fondos marinos, y un helecho grabado en la roca de un páramo desértico nos indica que aquel lugar estuvo un día poblado de bosques.

Los animales con caparazón fosilizan mejor que las plantas, en especial los que poblaban el lecho marino —moluscos, bivalvos, cefalópodos, etc.—, por lo que es común encontrar conchas fosilizadas, como los famosos trilobites, durante nuestros paseos por el campo. Lo curioso es que esas conchas pueden aparecer en

espacios alejados del mar, lo que nos habla de las largas transformaciones que ha sufrido el planeta durante este tiempo.

Los pedregales que se forman en las laderas de las montañas y las quebradas de los caminos acostumbran a ser lugares ricos en sedimentos, lo que convierte ese territorio en la localización ideal para buscar fósiles.

Ejercer como paleontólogos no precisa grandes conocimientos, solo unas buenas botas, un macuto y un martillo de mineralogía. Es necesario tomar notas de la localización o de las características del terreno, por lo que no deberemos olvidar el cuaderno de campo para identificar los hallazgos.

La malacología es la rama de la zoología que estudia los moluscos, un numerosísimo grupo de invertebrados que, desde siempre, ha cautivado al hombre por sus sofisticadas y maravillosas texturas, colores y formas. Para los malacólogos, un paseo por la playa, con la marea baja, recogiendo conchas, puede suponer la mejor manera de disfrutar en la naturaleza.

Aunque hay lugares en los que la recolección masiva ha provocado que se instaurasen medidas de protección para evitar la especulación —hay conchas que alcanzan precios increíbles—, el coleccionismo en nuestro país no supone una amenaza para este grupo de seres vivos que, por otro lado, tienen en la contaminación marina a su principal enemigo.

La mejor manera de iniciar nuestra colección de conchas es recogiendo las que encontremos en la playa más cercana.

Así aprenderemos a diferenciar los ejemplares más comunes, y de vez en cuando nos sorprenderá una especie exótica. Para ello es aconsejable consultar las tablas de pleamar y bajamar antes de echarnos a la arena.

El equipo del coleccionista de conchas no puede ser más básico: bolsas de plástico y tubos de ensayo para transportar las más delicadas, además del cuaderno de campo donde anotaremos el lugar, la fecha y la hora de la recolección.

Una vez en casa, necesitaremos unas pinzas de entomólogo, una navaja multiusos, un pequeño pie de rey, un dinamómetro para su pesado y un cepillo de dientes para retirar la arena. Una lupa de gran aumento nos permitirá adentrarnos en los rincones de sus texturas: un viaje al fondo del mar. Utilizaremos etiquetas blancas para identificarlas. Nunca debemos marcar la concha con tinta para anotar los datos. Un pequeño fichero con cajones, como el de los minerales —yo empecé con cajitas de cerillas—, nos permitirá clasificarlas por hábitats o por lugares.

LA COLECCIÓN DE CONCHAS

MATERIAL NECESARIO:

- Bolsas de plástico.
- Tubos de ensayo.
- Cuaderno de campo.
- Pinzas de entomólogo.
- Navaja multiusos.
- Pequeño pie de rey.
- Dinamómetro.
- Cepillo de dientes.
- Lupa de gran aumento.
- Etiquetas blancas.
- Pequeño fichero con cajones.

Para empezar a familiarizarnos con las conchas, podemos aprender a diferenciar las más comunes. La primera tarea consistirá en establecer a qué clase pertenecen. Existen cinco clases, aunque gasterópodos y bivalvos reúnen casi al total de las que se pueden encontrar. El resto serán colmillos, quitones y cefalópodos.

Los gasterópodos agrupan el 80 por ciento de las conchas, y pueden presentar gran variedad de formas, aunque las más habituales son piramidal, romboide o de huso. Pueden ser también alargadas y puntiagudas, o aplanadas y redondeadas. La lapa común (*Patella vulgata*) es un gasterópodo. Los populares bígaro o caracolillo de mar (*Littorina littorea*) y cañadilla (*Bolinus brandaris*) también.

Los bivalvos son los más conocidos. Sus conchas se abren en dos partes casi iguales (berberechos, almejas, ostras, navajas, etc.). Uno de los más comunes es el mejillón (*Mytilus edulis*). La concha de la famosa vieira o concha del peregrino (*Pecten maximus*) es uno de los bivalvos más espectaculares que podemos encontrar en nuestras playas.

Los cefalópodos forman un grupo muy interesante. No debemos olvidar que entre estos moluscos se hallan los pulpos, los calamares y las sepias, que tienen conchas internas.

Los que tienen concha externa muestran las más espectaculares, muy apreciadas por los malacólogos expertos. Se han clasificado más de diez mil especies fósiles, entre

las que destaca el famoso trilobites. El nautilo (*Nautilus pompilius*) es el más representativo, con una gran concha acaracolada, en forma de yelmo, blanca y rayada de caoba.

Los quitones representan un grupo menor. Sus conchas son pequeñas, ovaladas, con ocho placas curvadas que representan el diseño de los caparazones de las tortugas o el de algunos coleópteros, como las quisquillas. Uno de los más representativos es el *Amaurochiton glaucus*, un molusco de leyenda.

Para acabar, tanto en el caso de las rocas y minerales como en el de los fósiles y las conchas, podemos reunir la más valiosa de las colecciones comprando ejemplares por internet o en los mercadillos de aficionados, pero de eso no va este apartado. Mi propuesta es disfrutar en la naturaleza coleccionando muestras recogidas durante nuestras salidas al campo, o como mucho intercambiándolas con compañeros de afición que las hayan recogido en otros lugares.

LA FASCINANTE ARAÑA DEL DESVÁN

Siempre he defendido que la naturaleza se puede disfrutar en cualquier lugar, incluso en los entornos más pequeños, cerrados y cotidianos. De hecho, mis inicios como naturalista aficionado se remontan a los años de mi infancia en el piso familiar, cuando, siguiendo los consejos del gran divulgador ambiental Desmond Morris (del que ya he hablado en la introducción) me dedi-

Recordad:

ocho patas, araña;
seis, insecto

caba a rastrear el entorno casero como un explorador en el Serengueti: equipado con una vieja lupa de filatelia y mi cuaderno de campo.

Después de cenar, la principal atracción naturalista me la deparaba la observación de una vieja araña folcus que vivía en el cuarto de mi abuelo, al fondo del piso. Con cierto temor, a menudo en pijama y zapatillas, acudía a observarla a aquella pequeña habitación que permanecía vacía y a oscuras gran parte del año.

Era una criatura fascinante, de largas patas unidas a un minúsculo abdomen, como la cabeza de un alfiler —de esos que usamos para colgar fotos en el corcho— que se había instalado en aquel cuarto oscuro para convertirlo en su territorio, retejiendo sus trampas de seda por las cuatro esquinas y ocultándose tras los armarios y las estanterías. Colgada boca abajo, sujeta al techo por sus ocho frágiles y alargadas extremidades (recordad ocho patas, araña; seis, insecto), finísimas, con apenas el grosor de un cabello humano, aquella folcus patrullaba periódicamente los rincones del cuarto para inspeccionar las telas que tenía en las cuatro esquinas, sopesando los hilos de seda, como el pescador tiente la línea de nailon para saber si ha picado un pez.

Al detectar la más mínima vibración, la araña recurría a sus desproporcionadas patas para salir disparada hacia el preciso lugar de la trampa donde había quedado atrapada una mosca o un mosquito.

Abalanzada sobre su presa, la envolvía en un capullo a manera de sarcófago y la dejaba a buen recaudo, a modo de despensa, para acudir a «bebérsela» cuando tuviera necesidad de alimento. Y digo «bebérsela» porque, tras atraparla, la folcus y buena parte de las arañas inyectan un líquido en el capullo que disuelve los órganos de la víctima para, convertida en papilla, absorberla por succión como quien se toma un batido de fresa.

Quizá te parezca el argumento de una película de terror, pero te aseguro que se trata de una escena que se da a diario en los lugares más recónditos de todos los edificios y, por supuesto, en el interior de nuestras viviendas.

Es el espectáculo que nos brindan las esquinas de los techos de los cobertizos, los rincones de los garajes, los altillos, las bodegas o los cuartos oscuros y poco transitados. Solo hay que cambiar la mirada, verlos con otros ojos: los de aprender, para admirar y respetar al resto de los seres vivos con los que compartimos existencia.

LA EXTRAORDINARIA VIDA DE LA CUCARACHA

Puede que este apartado sea de los más complicados. De hecho, soy consciente de que tal vez serán muchos los lectores que se lo salten. Sin embargo, sería una lástima, pues quizá sea uno de los más interesantes. Me propongo descubrir los secretos de la vida de la cucaracha.

A pesar de la repulsión que provoca en la mayoría de la gente, la cucaracha es una de las criaturas más extraordinarias de cuantas comparten nuestro hábitat doméstico.

Solo hay que vencer ese instinto natural hacia los grandes insectos, un reflejo atávico que nos impide acercarnos a algunos de los animales más evolucionados del planeta y conocer mejor a animales tan fascinantes, evolutivamente hablando, como la protagonista de este apartado.

Los entomólogos han descrito alrededor de cuatro mil especies de cucarachas en todo el mundo, de diferente tamaño y aspecto, pero solo tres son comunes en Europa.

De menor a mayor son la cucaracha rubia (*Blatella germanica*), que apenas mide 1,5 cm de longitud; la cucaracha negra o común (*Blatta orientalis*), que puede superar los 3 cm; y la cucaracha americana (*Periplaneta americana*), la mayor de todas, con ejemplares que superan los 5 cm de largo.

Estos evolucionados animales llevan más de doscientos millones de años en el planeta. Quizá por eso hace tiempo que se detuvo su evolución, entendiendo que habían alcanzado los niveles óptimos para asegurarse su supervivencia.

De alimentación omnívora, las cucarachas que habitan nuestro entorno pueden hacer acto de presencia en cualquier momento (en especial la rubia), aunque por norma general mantienen una actividad muy discreta, huyendo de las miradas y de nuestra violenta reacción a su pre-

sencia. Por eso acostumbran a permanecer escondidas en los rincones más oscuros, a la espera del momento adecuado para salir en busca de alimento.

A pesar de todas las leyendas que las acompañan, estos insectos no causan daños en el hogar, aunque las hembras en celo despiden un olor característico destinado a atraer al macho que puede resultar desagradable. Pueden transmitir gérmenes, como cualquier animal, pero no transmiten ninguna enfermedad que podamos asociar con su presencia.

De las tres especies europeas, la negra es la más abundante. Su cuerpo coriáceo y brillante y sus largas antenas la hacen inconfundible. Los machos poseen un par de élitros desarrollados —que es como los entomólogos denominan a las alas de los insectos—, aunque rara vez vuelan. Cuando llega el frío, desaparecen y permanecen aletargadas en su escondite.

La cucaracha americana llegó a nuestro continente aprovechando los viajes en barco y en avión de sus huevos, depositados entre la mercancía de las bodegas o entre las ropas de los pasajeros. Existen estudios que asocian la presencia de esta cucaracha a localidades portuarias o donde reside personal de transporte aéreo. De color caoba, su tamaño es espectacular, y vuela muy bien gracias a sus potentes élitros.

La cucaracha rubia es la inquilina habitual de los bares, donde se oculta al calor de la cafetera. Es de color rubio, más pequeña que la americana y más estilizada que la

negra. De aspecto menos repulsivo debido a su inferior tamaño, tiene unos hábitos más diurnos que las otras dos. Una de las peculiaridades de la cucaracha es su sistema de reproducción. La evolución ha dotado a estos seres de un mecanismo muy especializado que garantiza el éxito de sus puestas.

Así, los huevos de cucaracha (de doce a cincuenta, según la especie) se depositan en una especie de vaina semirrígida que la hembra expulsa por el abdomen para colocarla en el lugar apropiado. Esta es una decisión que suele corregir en función de las sospechas que le transmite el lugar elegido, pues no dudará en trasladarla, si es necesario, a un emplazamiento más seguro.

Esa vaina, llamada *ooteca*, es una auténtica incubadora que mantendrá los huevos en condiciones óptimas hasta que eclosionen. Tras una metamorfosis ligera, las ninfas se convertirán en minúsculas cucarachas e invadirán el espacio elegido por la hembra. Así han conseguido habitar la práctica totalidad del planeta: desde los rincones más fríos, a muchos grados bajo cero, hasta los hábitats con las temperaturas más altas.

Por todo ello, y más allá de la repulsa que nos puedan causar —que en determinados casos puede degenerar en auténticas reacciones de fobia—, las cucarachas figuran entre las mayores especialistas de la supervivencia del planeta, y no podían dejar de aparecer en este apartado dedicado a la observación de la fauna casera.